
Delirio y destino

Ahora se vuelve un hecho decisivo la lectura de María Zambrano. Su obra nos emancipa de lo establecido a la fuerza, nos da la clave del más lúcido y lúdico soñar despierto. Cada uno de sus libros es, antes que nada, un triunfo de la más elevada sabiduría, una visión de lo que hay que pensar; nos da un lugar, el lugar, el *topos* del Ser, el sitio de la "aparición" de lo sagrado (aquello más sustancial que está después de Dios y los dioses, después de la naturaleza, después de lo humano...), lo propio del poeta y del pensador. En tanto acto de escritura, la obra inmensa y decisiva de María Zambrano comunica la aurora, el secreto de la tierra. "Soñar es ya despertar".

Delirio y destino (Los veinte años de una española) es y no es una "novela", es y no es un "libro de memorias". Y en este "ser y no ser" que lo atraviesa deviene precisamente un texto total. Un gesto escriturario que hace reflexionar sobre el significado mismo de los géneros, el significado en sí de la escritura.

Novela, pone en acción el discurso del personaje, "ella"; pero lo vuelve más que juego egoísta de un Yo, pues nos muestra todo el tiempo su *máscara* como razón de ser: *nadie es en sí sino los otros*. Uno es signo de la comunidad en donde se está, la marca existencial de un estar ahí necesariamente colectivo. Personalizar-nos consiste en reconocer esa actuación de la alteridad como energía que activa la conciencia, y "ella" va por las páginas del libro en pos de "un destino soñado" como expresión plena de esa energía. "Ella" se personaliza en tanto personaje para comunicar-nos el carácter abierto de la presencia existencial, para dejarnos saber que se está aquí, en un mundo, para ser "de/por" los otros.

Ser uno mismo quiere decir ser responsable del mundo, y para ello hay que "obrar bien", pues, como escribió Calderón de la Barca, eso "ni en sueños se pierde". Por eso "ella" en tanto personaje de novela supera los límites ficticios del novelar, para volverse expresión auténtica de lo verdadero, de lo más valedero: gesto que desencanta a Dulcinea, realización del amor. Los veinte años de esta española que es "ella" son la explicación o puesta en claro de *nuestro* "tiempo español".

Por eso, como libro de memorias este texto total nos deja ver que María Zambrano es, por sí, en tanto acto de escritura, en tanto acto de *amor*, un género literario. Ya que esta "confesión trascendental" no nos da cuenta de una vida individual, no nos narra las experiencias de un ente aislado con su(s) "idea(s)" del tiempo y lo temporal; al contrario, nos habla de "lo que significaba la universalidad de España" en la hora crucial que le vio vivir este siglo —como señaló en su momento el escritor Gabriel Marcel. Nos habla de esa experiencia cultural que no cabe dentro de fronteras ni regímenes políticos y que todavía nos envuelve a sus habitantes como una noble ave que vuela hacia la aurora de Europa, hacia el ser más puro (femenino, comunista y libertario) de Occidente.

Pues *Delirio y destino*, escrito originalmente como respuesta a la convocatoria de un premio literario de la cultura europea de una institución con sede en Ginebra (Institut Européen Universitaire de la Culture), tenía que caminar entre la novela o la biografía, y su autora eligió volverlo más que eso, llevando novela y biografía hasta ese sitio de la plena verdad que es la visión de lo sagrado como cuestión de la Historia. "Visión" que, como ha escrito Alberto Cons-

tante, "es la profundidad abierta sobre la experiencia que hace posible a la poesía, el extraño y misterioso movimiento que va de la obra hacia el origen de la obra; la obra misma convertida en la inquietud e infinita búsqueda de su fuente".

El recorrido histórico del libro va de 1930 a 1940, los años en que María Zambrano pasa de ser una estudiante muy libre de filosofía a ser la pensadora exiliada que habrá de venir a sembrar su semilla decisiva en estas tierras americanas. Como se dijo, es la "hora crucial" para nuestra España, la de San Juan de la Cruz, la de Don Quijote y Sancho, la de Velázquez y Goya, la del Inca Garcilaso y Sor Juana, la de Rubén Darío y Alfonso Reyes, la España del más puro acto libertario de voluntad, la que en 1936, como Don Juan, enamorada del amor no podrá amar a ninguna mujer, pues, como remarcará Ortega y Gasset: "... hemos querido el querer sin querer jamás ninguna cosa". Todo esto lo vivirá "ella" como cumplimiento de un Destino, proyecto irremediable de una cierta existencia; porque *toda maldad*, dijo también el maestro Ortega, *viene de no encajarse en el propio sino*.

Y ella, lúcida, sabrá que el modo auténtico de estar en eso, en la hora crucial, en el proyecto del Destino, exige estar "sin partido",

en la cuestión de la libertad, o sea, en la crítica radical de lo político, en el olvido de la política como encierro y encarcelamiento de los libres dentro de las ciudades y estados. Que la cosa de las mujeres es nuestra libertad, el olvido del mundo irracional de la Política para reconstruir el mundo de los amorosos; hay que abandonar la "patria" y dar vuelta hacia la "matria", hacia lo en verdad perdurable. Y España despierta soñándose. . . "Ella" lo sabe y así lo vive:

La historia es sueño; el sueño del hombre. Si la vida humana es sueño, sueño de alguien, debemos tener con él alguna semejanza, puesto que soñamos también, soñamos nuestro inacabado ser de muchas maneras, en la poesía ante todo, en todo arte, y en la acción, hasta en la técnica hay ensueño. Y si todo lo hay es porque lo hay en la acción entre todas, en la acción genérica del hombre "en cuanto tal", que es la historia. La filosofía nació sin duda de eso que llama a despertar; por eso la filosofía nació contraria a la historia, con la pretensión de una historia distinta de hombres despiertos, y no pudo evitar hacer utopías; la utopía de la razón haciendo la historia.

La "Razón Histórica" que la filosofía hoy se dispone a desplegar será despertar del sueño utópico, del ensueño de la razón, mas al po-

nernos ante la razón insiste en la historia al mandato de aquella voz antigua con que Heráclito llamaba a despertar a los hombres de su tiempo; a despertar viéndonos en nuestro sueño, a despertar sin dejar de soñarnos.

Despertar, sin dejar de soñarnos, sería tener un sueño lúcido. Es el ansia que se padece y que se está a punto de lograr en ciertos momentos de la historia —individual o colectiva— cuando un pueblo despierta soñándose, cuando despierta porque su ensueño —su proyecto— se lo exige, le exige conocerse; conocer su pasado, liquidar las amarguras que guarda en su memoria, poner al descubierto las llagas escondidas, realizar una acción que es a la par una confesión, "purificarse", haciendo. En aquella hora histórica en que estaba al nacer la República del 14 de abril, los españoles se disponían a hacerlo, a curarse de sus llagas.

La escritora María Zambrano es una filósofa, su senda es la del despertar, la búsqueda de la aurora. Pero su filosofar es de característica radical, el despertar que la impulsa llama a entender también el Delirio, la diferencia hipercrítica, la "sombra", que no negación, de la razón, la esencia poética de la existencia, "lo que permanece". De ahí que este libro que reseñamos búsque la cuestión española tam-

bién en sus artistas, que ellos son los que nos escriben las líneas de la mano.

El texto irá tras de lo que nos dan a pensar el Greco y Zurbarán, el discurso que nos hace despertar "en" el sueño creador, en el sueño que exige el despertar trascendente. Por eso la acción real de su escritura se funda en la legitimidad poética del soñar, el canto que brota de los abismos, de donde debe emerger la esperanza auténtica, la que nos hace saber que el mañana vive en el hoy, que del otro lado de la noche nihilista, del otro lado de los absurdos de la(s) modernidad(es), está el sentido de la pasión, la razón de nuestras razones, la hora de la justicia, la hora de la palabra. Nos recuerda que la poesía es la que tiene la misión de detectar lo permanente en la dispersión del tiempo. Y lo permanente es el lenguaje, la comunicación, Delirio y Destino, la sustancia de la escritura; pues deben ser las palabras, nuestras señales, las que han de volver a crear el ámbito de la libertad.

Cerca de cuarenta años esperó este libro para ser publicado, su autora señala que tal vez sea necesario para personas que no conoce,

de otras generaciones ya, "para que se miren en una perspectiva histórica, para que lleven el latido de la vida", de su vida, la vida de "ella", un fruto espléndido del pensar libertario. Y aquí recalco que todavía no podemos alcanzar a valorar en todo su significado lo que el acto de escritura de María Zambrano nos entrega, apenas comenzamos a saber que está ahí, que se ha cumplido totalmente, que nos sostiene a todos, sepámoslo o no, y que nos convoca a resolver su "donación", es decir, nos llama a completarlo con nuestro pensar, con nuestra acción, con nuestra propia forma de encarar "Delirio y Destino".

Por tanto, todavía ninguna reseña puede acabar de explicar lo mucho que nos comunica este texto total, tan sólo podemos aspirar a convocar nuevas lecturas y a iluminar su gravedad e importancia para quienes ya han reconocido su magnífica presencia, su definitiva permanencia.

Salvador Mendiola

María Zambrano, *Delirio y destino* (Los veinte años de una española), Mondadori, Madrid, 1989, 296 pp.